

MANUEL PEREDO.¹

EL FIN DEL AÑO.

(Composición leída á la media noche del 31 de Diciembre.)

“¡Oh cuán fugaces, Póstumo, mi Póstumo,
Se van los años!” Esto en són doliente
Cantaba en buen latín un tal Horacio,
Persona inteligente,
Que sin tener palacio,
Ni cocinero inglés, ni groom, ni nada,
Rapábase una vida regalada
Con un señor Mecenás,
Banquero ó cosa así, hombre muy rico,
Que le alegraba el pico
Con almuerzos espléndidos y cenas.

Y era de ver cómo ambos á porfía
Al sollo, y al faisán, y á la lamprea,
Y á cuanto en mar y tierra se menea
Declarando exterminio,
Los encontraba el día
Recostados aún en el triclinio.
Pero eso sí; Horacio por docenas,
Entre uno y otro trago,
Hacía odas muy buenas
A Baco y á Minerva,

¹ Médico y escritor satírico; miembro correspondiente de la Real Academia Española. Nació en México en 1830. Falleció en la misma ciudad el 17 de Octubre de 1890.

Y á toda la caterva
De dioses inmortales
Del cielo, de la tierra y del averno;
Y así vaciaban ánforas
De sabroso Falerno,
Que era una bendición. ¡Dichosas gentes!
¡Qué falta les hicimos los presentes!
Mas parece que entonces
Ya usaba el tiempo carcomer los bronce,
Y echar abajo templos,
(Cuyos malos ejemplos
Hemos aprovechado los de ogaño),
Y se acababa un año
Tras doce meses netos,
Y venía el siguiente,
Y muy formal, de frente,
Por la posta se iba, con gran susto
De los que en el vivir hallaban gusto.

Y entonces, como ahora,
(Puesto que todavía
El tiempo no ha perdido la manía
De sorber, cual rapé, hora tras hora),
Entonces, á cualquiera
Que once lustros viviera,
Sin valerle ni influjo ni consejo,
Le sucedía que llegaba á viejo.
Y sólo así se explica
Que el buen Horacio hallase una mañana
En su noble cabeza adusta cana,
Y después otras seis, y luego quince,
Y sobre la ancha frente
Asentada una arruga impertinente.

“¡Válgate Dios!” diría el buen romano,
“¡Qué aprisa hemos vivido!”

“¡Quién lo hubiera creído!
 “¡Vea usted cómo es la mano!
 “Ea, reforma completa,
 “Pongámonos á dieta,
 “Y basta de bureos;
 “A la oración, á casa;
 “Cada mochuelo váyase á su olivo,
 “Y á ver lo más que vivo.”
 Y con esto, y cantar en són doliente
 Muy formal á su cliente
 “¡*Oh cuán fugaces, Póstumo, mi Póstumo*
 “*Se van los años!*” vió llegar la Parca,
 Y de Carón después fletó la barca.

Pero dirán ustedes:
 ¿A qué viene todo eso que dijiste?
 ¿Ni qué tenemos con que, alegre ó triste,
 Comiendo ó ayunando,
 Viviese aquel sujeto,
 Muy apreciable y fino,
 Pero hijo de vecino,
 Y con quien nada de común tenemos,
 Salvo cuando bebemos;
 Pues si él á la romana
 Su Falerno sorbía
 Y soberanas chispas se ponía,
Ídem, ídem aquí, á la mexicana?

Pues sí tiene que ver, señores míos;
 Y si he sacado á colación á Horacio,
 Mis razones me asisten, que despacio
 A exponeros me apresto,
 Por más que se avinagre vuestro gesto.
 Sea la primer razón, y sea en mi abono,
 Que quise darme tono
 De que tengo en las uñas los autores

Que, con tantos sudores,
 Trataron de enseñarme en el Colegio;
 Y lo hice, porque es muy provechoso
 Esto de oír decir: —¿Quién? ¿Fulanito?
 ¡Oh! ¡Muchacho estudioso!
 “De cuerito á cuerito
 Los latinos se sabe!”
 Y cate usted á Fulanito, grave,
 Persona de importancia,
 Y capaz de ir á ser ministro á Francia.

La segunda razón, fué dar á ustedes
 Saludable consejo,
 Y es del tenor siguiente:
 Desde que al hombre sale el primer diente,
 Va por la posta hasta llegar á viejo;
 Lo cual se corrobora
 Con mil ejemplos de antes y de ahora.
 Luego si ustedes quieren no ser viejos,
 Y ver, como quien dice, desde lejos
 Los toros, cada cual eleve un ruego
 Allá á la notaría,
 O al registro civil, para que el día
 Que cada cual nació salga *borrego*.

La tercera razón, y la postrera,
 De por qué traje á Horacio
 Yo, de la cabellera,
 Está á la vista; cual en un espejo
 Mírense ustedes: él esperó á viejo,
 Para notar que el tiempo va que vuela,
 Lo cual no le ocurría
 Cuando con su compadre se ponía
 Aquellas turcas de que hablé no ha mucho;
 Y ustedes de igual modo
 Después de devorar el año todo,

Hoy que ya ni un momento le dejaron,
Es cuando calcularon
Que la vida se va, que pasó un año,
Y que ya en el entrante
Vendrán cantando jermanos trenos
Con una cana más y un diente menos.

Y pues que ya va largo
El que me dieron, literario encargo,
Tiempo es de concluir, para que siga
De la habanera danza la fatiga.
¡Sea todo por Dios! á lo hecho, pecho;
Nos comimos un año, ¡buen provecho!
El siguiente llegó; cada cual listo
Esté para trincharlo, ó que él lo trinche,
Porque de Cristo á Cristo.....
En fin, hecho ya el saldo
Del que pasó, hagamos al difunto
Funerales de rey; y yo, el heraldo,
Ante dolor tamaño,
Gritaré: ¡El año ha muerto! ¡Viva el año!

ISABEL PRIETO DE LANDAZURI.¹

LA PLEGARIA.

A MI HIJO.

Antes de dormir, bien mío,
Cruza tus manitas blancas,
Y con tu voz de querube
Eleva á Dios tu plegaria.
La oración del inocente
Serena é inmaculada,
Sube más presto á los cielos
De su pureza en las alas.
Es una hora muy dulce:
Tendió ya la noche clara
Su luz y diáfano velo
Que las estrellas esmaltan.
La tibia luz de la luna
Ilumina el panorama,
Y en las aguas de la fuente
Deja una huella de plata.
Uno de sus blancos rayos
Penetra por la ventana,
Y atravesando los pliegues
De la transparente gasa,

¹ Nació en la Villa de Alcázar de San Juan, en España, el 1º de Marzo de 1833. Vino de muy pequeña edad á México y se educó y residió en Guadalupe. Además de muy buenas poesías líricas, escribió varios dramas, favorablemente juzgados algunos de ellos por Don Juan Eugenio Hartzenbusch. Murió en Hamburgo el 28 de Septiembre de 1876.

Que envuelve tu blando lecho
 Como una nube argentada,
 Con una dulce caricia
 Tu frente de rosa baña.
 Vamos á orar, hijo mío,
 Que ya á la oración te llama
 El armonioso concierto
 Que la natura levanta
 En esta hora solemne,
 Misteriosa y sosegada.
 Oye: el rumor del arroyo,
 Del aura la queja blanda,
 Que acariciando las flores
 Susurra entre la enramada;
 Del postrer trino del ave
 La nota indecisa y vaga,
 Que en sus alas de zafiro
 Tibia la brisa arrebatá;
 Es una oración, mi vida,
 Que pura y ferviente alzan
 Los céfiros y las flores,
 Los árboles y las aguas,
 Las aves y los insectos
 Que zumban entre las ramas.
 Fija en el cielo un instante
 Tu transparente mirada,
 Y admira el fulgor sereno
 Que las estrellas derraman.
 Es el lenguaje sublime.
 Con que al Creador alaban,
 Y su grandeza pregonan,
 Y su omnipotencia aclaman.
 Es su oración, hijo mío,
 Que en luz los astros exhalan,
 Como en aroma las flores,

Como en suspiros las auras.
 Vamos á orar. . . . no te duermas,
 Cruza tus manitas blancas,
 Y con tu voz melodiosa
 Eleva á Dios tu plegaria.
 La oración es el perfume
 Más delicado del alma,
 La esencia del sentimiento
 Hondamente concentrada.
 Es la súplica más tierna,
 El himno de la esperanza,
 La bendición del dichoso,
 Del desdichado la lágrima,
 La ofrenda de la inocencia
 A Dios tan dulce y tan grata,
 Que la plegaria de un niño
 Puede lavar muchas manchas.
 Vamos á orar; Dios te escucha,
 Rápida la noche avanza,
 Y para llevarla al cielo
 Tu ángel tu oración aguarda.
 —“Madre, el niño le contesta
 Después de una corta pausa,
 Mientras con sus dos bracitos
 El materno cuello enlaza:
 “Tú quieres que con Dios hable
 Y Dios á mí no me habla,
 Y pues que no me responde,
 Es que no oye mis palabras.”
 Selló un beso de la madre
 La boquita nacarada
 Que su candorosa queja
 Gravemente pronunciaba.
 —“Dios te habla siempre, alma mía;
 Doquier su voz soberana,

A tu oración respondiendo
 Se escucha elocuente y clara
 En el sol que te calienta,
 En las sonrisas del alba,
 En el aire que respiras,
 En los goces de tu infancia,
 En los besos cariñosos
 Del padre que te idolatra,
 Y en el amor infinito
 Que mi corazón te guarda.
 Dios á las madres inspira
 La inmensa ternura santa
 Con que al hijo tierno adoran
 Desde que á la tierra baja.
 Dios á las madres ha dado
 La previsión delicada
 Con que comprenden al niño
 Que su auxilio les demanda
 En ese mudo lenguaje
 Que en un sollozo se escapa.
 Mil veces cuando en tu lecho
 Tranquilamente descansas,
 Sabiendo que sientes frío
 Por intuición sobrehumana,
 Vengo á cubrirte anhelosa
 Desde la próxima estancia.
 Es que una voz de los cielos,
 Que sólo una madre alcanza,
 Le advierte cuando padece
 El hijo de sus entrañas.
 Cuando te digo: hijo mío,
 Sé bueno, al prójimo ama,
 Socorre al necesitado,
 Piadoso los males calma,
 Dios por mi labio, alma mía,

Estos preceptos te manda;
 Que por la voz de una madre
 Dios siempre á los hijos habla....
 Así, ponte de rodillas,
 Dame tus manos cruzadas,
 Reclina en mi hombro tu frente
 Que blando beleño empapa,
 Y comienza." Con voz dulce
 Que el sueño en su sombra apaga
 El rubio niño repite:
 —"Dios mío, yo te doy gracias,
 Porque de tí todo bien
 Y toda dicha dimana.
 Como eres padre de todos,
 Con sencilla confianza
 Mi súplica fervorosa
 A tí el corazón levanta.
 Te pido por el que sufre
 Sumergido en la desgracia;
 Te pido por el culpable
 Que tus preceptos quebranta;
 A mis padres que me adoran,
 Cuida, Dios mío, y ampara,
 Que ser huérfano es bien triste
 Me ha dicho mi madre amada.
 Hazme bueno y obediente,
 Y perdóname mis faltas.
 Y antes que me entregue al sueño
 Que ya mis ojos empaña,
 Tu bendición, Dios piadoso,
 Que del mal defiende y salva,
 En los besos de mi madre
 Sobre mi frente derrama."
 Al terminar débilmente
 Estas últimas palabras,

En los maternos brazos
 Dormido el niño resbala.
 El ángel custodio entonces
 El blanco lienzo separa,
 Y contemplando á la madre,
 Que sobre el hijo inclinada,
 Su dulce y tranquilo sueño
 Con débil canto arrullaba,
 Sobre el cariñoso grupo
 Tendió las diáfanas alas;
 Y de los labios del niño
 Recogiendo la plegaria,
 Cuyos últimos acentos
 Aun indecisos vibraban,
 Alzando el vuelo murmura
 Con voz apacible y blanda:
 —“Voy á llevar á los cielos
 Tu oración inmaculada;
 Pero me alejo tranquilo,
 Pues que tu madre te guarda.”

JUAN VALLE.¹

LA GUERRA CIVIL.

Vuela del Septentrión al Mediodía,
 Y vuela del Poniente hasta el Levante
 El torvo genio de la guerra impía.

Lleva en su diestra espada centellante,
 Sus víctimas escoge y, descargando
 El golpe asolador, sigue adelante.

Van la peste y el hambre caminando
 Tras él como sus dignas cortesanas,
 Tumbas y tumbas tras de sí dejando.

Hecatombes de víctimas humanas
 Los ojos ven, y el corazón se aterra
 Al fúnebre clamor de las campanas.

Llega á faltar para sepuleros tierra,
 Que ni á niños ni á vírgenes ni á ancianos
 Perdona el torvo genio de la guerra.

Como á José sus bárbaros hermanos,
 A sus hermanos los guerreros tratan,
 Y en sangre fraternal manchan sus manos.

Las furias del infierno se desatan
 Y de todos murmuran al oído:
 “Matad y venceréis;” y todos matan.

1. Ciego desde niño. Nació en Guanajuato el 4 de Julio de 1838. Murió en Enero de 1865.

Gratitud y amistad dan al olvido
Los combatientes, y en delirio ciego
Hieren hasta al amigo ayer querido.

Arrasan con furor á sangre y fuego
Las pobladas y espléndidas ciudades
Que en desiertos trocadas quedan luego.

Y todavía aquellas soledades
El vencedor en su triunfal carroza,
Cruza cual las siniestras tempestades.

En su carrera sin piedad destroza,
Pasando sobre el surco, los sembrados,
Y al paso incendia del pastor la choza.

Saliendo de las llamas espantados
Medio desnudos van los moradores
Entre las fieras turbas de soldados;

Los que olvidando un punto sus furoros,
Convierten á la esposa ante el esposo
En víctima de lúbricos amores.

Más y más crece el fuego pavoroso,
Y el soldado el doméstico santuario
Tras el botín asalta codicioso.

Las llamas despreciando, el temerario
Recorre audaz la habitación ardiendo,
Y devora el incendio al incendiario.

De los que van su patria destruyendo
Es agradable música al oído
Del techo desplomándose el estruendo.

El vencedor de ayer es hoy vencido,
Y el que vencido es hoy vence mañana:
De la patria es la voz largo gemido.

En medio, á veces, de la lucha insana
Se encuentra con su padre algún guerrero,
Y su espada traspásale inhumana.

Lo reconoce tarde en su ¡ay! postrero,
Y al ver que el crimen su castigo tiene,
Desgarra el propio pecho con su acero.

Cesad, cesad: sobre vosotros viene
Ávida ya la peste asoladora,
Y su marcha triunfal nada detiene.

Será la verdadera vencedora,
Y asistida del hambre su aliada,
Será por fin, de México señora.

Al más fuerte le hará soltar la espada
Si no de caridad el sentimiento,
Sí del hambre la mano descarnada.

Quando el recién nacido llore hambriento,
El pecho exhausto le dará la madre,
Y sangre beberá por alimento.

Por mal que á la virtud proscrita cuadre,
Por quitarle su pan, fiero el hermano
Al hermano herirá, y el hijo al padre.

¿Los ejemplos de amor serán en vano
Que os da naturaleza en armonía,
Desde el águila audaz al ruin gusano?

¿Vuestros ojos de buitre todavía
No se cansan de ver sangre corriendo,
Ni vuestros brazos de la atroz porfía?

¡Ah! sí: ya estoy en mi alma presintiendo
Que mi patria por fin será dichosa,
Las fratricidas armas deponiendo.

La paz, como una madre cariñosa,
Sus benéficas alas con ternura
Sobre ella, al fin, extenderá amorosa.

Y movido por fin de su tristura,
AQUEL que convirtiera el agua en vino
Convertirá su acíbar en dulzura.

Le dará bondadoso luz y tino
Quien la luz á los ciegos devolvía,
Y seguirá mi patria el buen camino;

La hará resucitar á la alegría
Quien de la tumba á Lázaro sacara
De nuevo al aire y á la luz del día.

AQUEL que, paternal, multiplicara
Los cinco panes, perdurables años
De paz y de abundancia le prepara.

Tras tanta humillación y tantos daños,
Mi pueblo se verá grande y temido
Envidiando su gloria los extraños.

Y el mismo que á su pueblo protegido
Por en medio del mar camino abriendo
En él deja al egipcio sumergido,

Potente los obstáculos venciendo
Por la difícil senda interrumpida
Nos irá de la mano conduciendo.

Y cual llegó á la tierra prometida
El escogido pueblo tras la guerra,
Llegaremos tras lucha fratricida
De paz y unión á la anhelada tierra.

JOSE ROSAS MORENO.¹

EM LA TUMBA DE JUAN VALLE.

Del valle silencioso,
Mansión de los amores
Do en plácida quietud rodó tu cuna,
A verte vengo al asomar la luna,
Trovador de las fuentes y las flores.
Escucha cariñoso
Las tiernas armonías
Que en otro tiempo con placer oíste;
Tal vez te arrullen con mi canto triste
Dulces recuerdos de pasados días.

De aquellas majestuosas
Montañas escarpadas
A estos valles me arrastra mi destino,
Como arrastra el airado torbellino
A las pálidas flores deshojadas.
Yo hablé con las hermosas
Que tu esperanza fueron,
Yo allí tu nombre murmuré pasando,
Y en las grutas los ecos suspirando
Mi angustiosa querella repitieron.

Yo soy el que al abrigo
De la amistad sincera,
Llorando junto á tí te dió consuelo,
Y he visto triste en tu nublado cielo

1. Nació en Lagos (Jalisco) el 14 de Agosto de 1838. Falleció en la misma ciudad el 13 de Julio de 1888.